

El mito del estratega. Primo de Rivera y la resolución del problema de Marruecos

SUSANA SUEIRO SEOANE

Profesora de Historia Contemporánea de la UNED. Madrid

En las memorias del General Gómez Jordana se lee que D. Miguel Primo de Rivera, tras el golpe de Estado que le llevó al poder en septiembre de 1923, concibió un ingenioso, complejo y audaz plan para poner término a la agobiante “pesadilla” africana de España; un plan “genial”, que obtuvo “un éxito total” y que se llevó a cabo “con el máximo disimulo”¹. Son éstas palabras de alguien a quien debe suponerse autoridad por su destacado papel en las decisiones de la Dictadura con respecto al problema marroquí, primero como Director General de Marruecos y Colonias y más tarde como Alto Comisario. En la misma línea, algunos historiadores han insinuado, e incluso han afirmado tajantemente, que el dictador diseñó una complicada estrategia, organizada en fases que fueron cumpliéndose escrupulosamente según lo previsto.

Sin embargo, la conclusión que se extrae de la documentación archivística² es que las características de la personalidad del General jerezano, sobre las que parecen estar de acuerdo los historiadores que se han aproximado al personaje, esto es, su pragmatismo, oportunismo, intuición, espontaneidad, improvisación, optimismo, etc., son aplicables a su actuación en Marruecos. En política marroquí no se comportó de forma distinta a

¹ Véase, Francisco Gómez Jordana: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, Madrid, 1976. Aunque estas memorias, que en gran parte se refieren a la política de la Dictadura de Primo de Rivera en Marruecos, fueron escritas durante la 2ª República, no fueron publicadas hasta mucho después.

² Fundamentalmente, el ingente fondo de Africa del Archivo General de la Administración (AGA), en Alcalá de Henares, cuya sección de Marruecos está constituida por cientos de cajas, cuyo contenido, sólo recientemente accesible, revela incógnitas y descubre motivaciones y actuaciones de la política norteafricana de la Dictadura hasta ahora desconocidas, y ha servido de base para la elaboración del presente artículo. Para los interesados en profundizar sobre el tema, véase, Susana Sueiro: *España y Francia en Marruecos. La política mediterránea de Primo de Rivera*. Tesis Doctoral, UNED, 1991.

como lo hizo en los demás aspectos de su gestión al frente del gobierno. No estaba en su carácter actuar como un estadista, con programas perfectamente definidos y calculados. Era un gobernante pragmático, que improvisaba soluciones a los problemas a medida que éstos iban surgiendo, y que actuaba la mayor parte de las veces por impulsos, guiado por su intuición. No tuvo desde luego un plan fijo y concreto de acción en Marruecos. La impresión clara que se extrae de las fuentes documentales es que su actuación obedecía a criterios tan pragmáticos y de circunstancia que no sabía hacia dónde le conducirían los acontecimientos y qué es lo que acabaría haciendo, atento a todas las posibilidades de solución que pudieran presentarse. Creo que, en gran medida, la dificultad de aprehender las líneas maestras de su política es consecuencia precisamente de su oportunismo, su carácter impulsivo y su incontinencia verbal, que le lleva a un discurso y a una actuación en muchas ocasiones contradictorios.

Algunos autores —nuevamente resulta obligada la alusión a Gómez Jordana, uno de los máximos protagonistas de la política marroquí de aquellos años— niegan totalmente el “currículum” abandonista del dictador, y señalan que el famoso repliegue que efectuó en 1924 fue una maniobra, consciente y premeditada, cuyo objetivo último era volver a ocupar la Zona con garantías de efectividad. La evacuación del sector occidental habría sido, según esta teoría, una estrategia necesaria para lograr a continuación, con la ayuda de los franceses, una ocupación sólida y permanente. Historiadores que se han acercado al tema parecen dar crédito también a la idea de que la puesta en marcha de la política semi-abandonista obedeció al propósito de empujar a Abd-el-Krim hacia el Protectorado vecino para forzar a Francia, ante el ataque rifeño contra las líneas francesas, a proponer a España una colaboración militar, que sería por fin posible al existir un enemigo común³.

No hay duda de que esta hipótesis resulta muy sugestiva a la luz de lo acontecido puesto que, en efecto, tras la retirada española, se produjo el ataque rifeño a la Zona francesa y, desde luego, fue ese ataque lo que decidió a Francia a solicitar la colaboración de España y lo que determinó en última instancia el triunfo más espectacular —quizá el único— de la Dictadura. Es igualmente cierto que Primo de Rivera, de la mano de los franceses, acabó volviendo al territorio previamente abandonado y se lanzó finalmente a una política de conquista. Sin embargo, a pesar de lo atractivo de esta hipótesis, la documentación archivística obliga a desecharla por

³ Véase, M^{te} Teresa González Calbet: *La Dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar*. Madrid, 1987, págs. 198 y 278; Carlos Seco Serrano: prólogo al libro de Andrée Bachoud, *Los españoles ante las campañas de Marruecos, 1909-1914*. Madrid, 1989. El propio Abd-el-Krim afirmó en una entrevista, en 1927, que, con la política de repliegue, Primo de Rivera le había tendido una trampa que le había conducido finalmente al destierro (Véase: Abd-el-Krim: *Memoires recueillies par J.R. Mathieu*, 1927; F.P. de Cambra: *Cuando Abd-el-Krim quiso negociar con Franco*. Barcelona, 1981, pág. 42).

completo, tanto por lo que se refiere a un plan premeditado, como por lo que respecta a la idea de que el Directorio consideraba la colaboración militar con Francia como clave para la resolución del problema de Marruecos⁴.

El significado del repliegue de 1924

La evacuación, entre septiembre y diciembre de 1924, de más de 300 puestos en el sector occidental hasta constituir, cercana y paralela a la costa, la línea fortificada conocida como “línea Primo de Rivera”, se planteó como el menor de los males ante la ineludible necesidad de actuar para hacer frente a una situación de peligro acuciante, derivada de una ofensiva rifeña generalizada, que podía dar lugar a un desastre del calibre de Annual, o quizá peor⁵. Pero la operación respondía, además, a la sincera voluntad de Primo de Rivera de limitar la ocupación del territorio para reducir gastos y repatriar tropas, con la idea de subordinar la empresa marroquí a las posibilidades de la nación. Cuando la llevó a cabo, el dictador no pensaba en absoluto en realizar posteriormente un nuevo avance, y menos aún en volver a ocupar el territorio abandonado. Aunque no tenía un plan concreto de actuación, sí tenía una orientación general, una especie de filosofía que, no obstante, también experimentaría cambios a lo largo de la Dictadura, al modificarse las circunstancias que, como queda dicho, fueron las que decidieron siempre el rumbo de su política. Durante mucho tiempo —mucho más del que habitualmente se ha creído— esta orientación fue de signo abandonista o no retencionista. Una vez en el poder, sus convicciones profundas no se modificaron con respecto a las ideas que había expresado en 1917⁶: la empresa marroquí carecía de sentido por ser el

⁴ La abundante correspondencia de Gómez Jordana con el presidente del Directorio en aquellos días, que hemos podido consultar en los archivos, está en absoluta contradicción con las afirmaciones hechas muchos años más tarde en su citada obra, llevado sin duda por su deseo de mostrar una imagen del dictador como estadista de altos vuelos, y conjurar su abandonismo. De hecho, el propósito declarado de su libro era “desvanecer erróneos juicios” sobre la política abandonista del marqués de Estella.

⁵ En efecto, como ha puesto de manifiesto S.E. Fleming, el repliegue evitó un segundo Annual. Aunque el número de bajas fue muy elevado, de no haberse efectuado, el desastre hubiese sido mucho mayor. Para las diversas fases de la operación, véase, Fleming: *Primo de Rivera and Abd-el-Krim: The Struggle in Spanish Morocco, 1923-27*. The University of Wisconsin, Ph.D., 1974, págs. 195-202. Esta obra, que dedica muchas de sus páginas a la descripción de las campañas bélicas y que utiliza como fuente archivística exclusiva el Servicio Histórico Militar, el único accesible en las fechas de elaboración de aquel trabajo, adolece de cierto desenfoque al no prestar la debida atención a las relaciones hispano-francesas, fundamentales para entender correctamente el desarrollo de los acontecimientos.

⁶ *Recuérdese que su pública propuesta de abandono de Marruecos y trueque de Ceuta por Gibraltar le valieron en dos ocasiones su destitución, como Gobernador Militar de Cádiz en 1917, y como Capitán General de Madrid, en 1921. Véase, Discurso leído ante la Real Academia Hispano-Americana el 25 de marzo de 1917, Cádiz, 1917.*

Protectorado español un pedazo de territorio improductivo e ingobernable⁷. El mismo reconocería explícitamente, en varias ocasiones a lo largo de su mandato, que seguía “fiel a su arraigado y antiguo modo de pensar”⁸. En sus informes latía siempre, de forma patente o latente, su creencia en la inutilidad de la expansión española en Marruecos. Su tendencia a limitar la ocupación obedecía, pues, a una inclinación verdaderamente sentida, a una convicción de que era lo más razonable y lo mejor para el país.

Ahora bien, aunque Primo de Rivera tenía esa íntima y auténtica convicción abandonista, era consciente —como lo eran, desde luego, sus colegas del Directorio— de que un abandono sin más, una renuncia a continuar soportando “la pesada carga” de Marruecos, significaba abdicar de los compromisos contraídos internacionalmente, reconocer ante el resto de las potencias mediterráneas la incapacidad colonizadora de España. Era una humillante declaración de impotencia y una definitiva autoexclusión del foro internacional, en el que la Dictadura aspiraba a desempeñar un papel más relevante. Si hacía dejación de esa responsabilidad, asumida en diversos tratados suscritos años atrás, España no sólo renunciaría a sus obligaciones sino también a sus derechos, de modo que el resto de los países firmantes de aquellos tratados podrían arbitrar una solución alternativa sin darle derecho a capítulo. Para el Directorio era, pues, muy importante no dar la impresión de un desentendimiento sino, por el contrario, hacer hincapié en que España seguiría cumpliendo el mandato internacional que se le había confiado, adoptando, eso sí, “los medios menos costosos para ejecutarlo”. Al plantearse como una “rectificación de los métodos de Protectorado” y no como una dejación de la misión protectora, el repliegue permitía conjurar la amenaza de una intervención francesa, o de un arreglo internacional del que España fuera mantenida al margen.

El Directorio sostuvo y repitió hasta la saciedad la teoría de que, con la retirada, España ensayaba “un sistema nuevo de Protectorado”, distinto al hasta entonces aplicado con tan malos resultados. En adelante, la influencia española se dejaría sentir por “otros medios” diferentes a los de la ocupación. Esta poco creíble afirmación estaba destinada a evitar que Francia y Gran Bretaña, argumentando que España se había desentendido de su compromiso, adoptasen una solución que no reconociese a esta nación ningún derecho, y cumplía al mismo tiempo otros dos objetivos, también de enorme interés para el Directorio: calmar los ánimos de los militares africanistas, y neutralizar el pánico de las tribus aún sometidas, ante la po-

⁷ Véase, por ejemplo, la entrevista del periodista americano Webb Miller con Primo de Rivera en julio de 1924, en Webb Miller: *I Found No Peace*. New York, 1936, pág. 159.

⁸ Véase su correspondencia con sus colegas del Directorio durante 1924 y gran parte de 1925, en José Manuel y Luis de Armiñán: *Epistolario del Dictador. La figura del general Primo de Rivera trazada por su propia mano*. Madrid, 1930.

sibilidad de un abandono definitivo de España que las dejase al arbitrio de Abd-el-Krim.

Primo de Rivera no busca la colaboración militar de Francia

Pronto se hizo patente que la evacuación de posiciones no podría constituir en sí misma la solución definitiva del problema y que habría que combinarla con algo más. Se había evitado una catástrofe de gran magnitud, pero no dejaba de ser sólo “una solución aceptable como transitoria”. Ni siquiera parecía posible que la nueva línea permitiese reducir gastos y contingentes. Abd-el-Krim explotó la retirada española como una victoria, y su prestigio entre las cabilas aumentó enormemente de forma que, a comienzos de 1925, se hallaba eufórico y menos dispuesto que nunca a abandonar la lucha.

La documentación muestra claramente que “ese algo más” que Primo buscaba no era la colaboración militar con Francia, en la que no estaba interesado, precisamente porque su propósito no retencionista era sincero y porque no había en su decisión de repliegue segundas intenciones ocultas. Una campaña conjunta para pacificar el territorio estaba en absoluta contradicción con la decisión de retirada hacia la costa. El íntimo deseo del dictador era desembarazarse de la Zona, al menos de todo el interior, pero debía hacerse de manera “honrosa”, “honorable”, “digna”, esto es, obteniendo alguna contrapartida o compensación que permitiera a España mantener un papel internacional mínimamente decoroso. Cualquiera de las dos soluciones que se barajaban como posibles dentro de esa sincera voluntad anti-ocupacionista, esto es, el abandono, total o parcial, del Protectorado, debía pasar por una negociación de la que España pudiera salir más o menos airosa. Dentro de esta idea dominante de búsqueda de una solución negociada, Primo de Rivera estaría abierto a muy variadas posibilidades, ensayando al mismo tiempo diversas vías de actuación. Haría tanteos en varios frentes, gestiones simultáneas que suponían soluciones muy distintas del problema.

Una de ellas fue la de intentar conseguir *un trato con los rifeños*. La idea del entendimiento con los marroquíes parecía posible toda vez que Abd-el-Krim siempre dejó, al menos teóricamente, una puerta abierta a la negociación. La Dictadura ensayó esta vía desde el primer momento y durante todo el conflicto. Con este procedimiento, el nuevo régimen no sólo seguía —como en otros muchos aspectos— los pasos del anterior gobierno liberal, y en concreto del denostado ex-ministro de Estado, Santiago Alba, sino que iba bastante más lejos en las condiciones de paz ofrecidas. Frente a la tesis de la inflexibilidad y la dureza de la posición de la Dictadura con respecto a los rifeños, la documentación atestigua que sus guber-

nantes estuvieron dispuestos, no sólo a aceptar un Estado autónomo del Rif, sino incluso su independencia; nada importaba a Primo de Rivera que Abd-el-Krim se hiciese llamar Emir o Sultán de un territorio al que renunciaba de buen grado. Fue la imposibilidad de contravenir los tratados internacionales sobre Marruecos, que estipulaban que el Sultán era el único soberano del Imperio xerifiano, lo que impidió que prosperase esta opción.

Una vez decidida la ocupación de la bahía de Alhucemas, el Directorio trataría de negociar con Abd-el-Krim un desembarco pacífico; si el caudillo rifeño consentía que los españoles ocupasen la bahía, se le concedería un caidato o emirato autónomo sobre un extenso territorio, comprendida también parte de la zona de Melilla, en donde Primo de Rivera se comprometía a realizar un repliegue similar al efectuado en 1924 en el sector occidental; de esta forma, España podría desembarazarse de dos tercios del Protectorado y conservar sólo un tercio, una franja costera⁹.

En sus tratos con Abd-el-Krim, el gobierno español dio muestras de una inmensa y sufrida paciencia ante las dilaciones y las estratagemas del líder rifeño, cuya evidente finalidad era entretener a los españoles y ganar tiempo para reorganizarse y recoger las cosechas. Está claro, incluso en la última fase de las negociaciones, la que tuvo lugar en Uxda entre representantes rifeños, españoles y franceses en un momento —abril de 1926— en que el poder de Abd-el-Krim se hallaba considerablemente debilitado, que el jefe marroquí no tuvo nunca una sincera voluntad de aceptar ninguna condición de paz que no fuera la absoluta independencia del Rif, condición que, por la razón apuntada más arriba, ni España ni Francia podían reconocerle¹⁰.

Otra de las vías de solución que la Dictadura contempló —la considerada más satisfactoria, aunque también la más difícil— fue *la negociación con una o varias de las potencias mediterráneas con intereses en la zona*. Esa negociación podía tener lugar en una conferencia internacional en la que se revisara toda la cuestión marroquí, o bien mediante conversaciones bilaterales con Francia o Gran Bretaña. Dentro de esta línea de actuación, la idea básica —y recurrente a lo largo de la Dictadura— sería *la permuta de territorios*. Evidentemente, el objeto de permuta difería según la potencia con la que fuese susceptible negociar.

Con respecto a Gran Bretaña, la antigua aspiración, que el dictador seguía aún albergando, era la de *un canje de Ceuta por Gibraltar*. Había antecedentes —durante la guerra europea— que hacían concebir al Directo-

⁹ Véase, *Índice de las condiciones en que se puede tratar con Abd-el-Krim*. Primo de Rivera a Magaz, junio de 1925. AGA. África (Marruecos), Caja 9-Provisional.

¹⁰ Sobre la actitud de los rifeños en las negociaciones de Uxda, así como las posturas de las delegaciones española y francesa, véase, AGA. África (Marruecos), Caja 11-Provisional.

rio esperanzas de que el gobierno británico pudiera estar dispuesto a considerar esta cuestión¹¹. Esta solución entrañaba evidentemente el abandono total de la Zona, con la contrapartida del triunfo diplomático que supondría para Primo de Rivera recuperar el Peñón. Se barajó también otra posibilidad, menos “honrosa”, de abandono total: la de conseguir, a cambio de la renuncia a toda la Zona, que Francia y Gran Bretaña accedieran a la ampliación de las plazas de soberanía de Ceuta y Melilla.

No se perdían de vista, al mismo tiempo, las oportunidades que pudieran venir por parte de Francia. Si esta nación se prestaba a una negociación, la idea que resultaba sin duda más interesante para el gobierno español era la del *intercambio del Rif por Tánger*, solución ésta que entrañaba conservar entonces una faja de territorio costero. En contra de lo que muchos autores han afirmado, no era la colaboración militar sino la negociación de esta permuta de territorios lo que el Directorio aspiraba a obtener de su vecino de Protectorado. Había que tratar de sacar partido del nerviosismo y la preocupación que se iba apoderando de las autoridades galas a causa de las enojosas repercusiones que el repliegue español amenazaba con tener en su Zona. La idea era que Francia, ante la difícil situación creada en su Protectorado a raíz de la retirada española, pudiera tomar la iniciativa de hacer a España alguna interesante proposición de revisión del tratado de 1912. La trayectoria de Lyautey tendente a ampliar la extensión del Marruecos francés a costa del español era sobradamente conocida. Si ese afán persistía, el Directorio estaba dispuesto a la cesión, siempre a cambio de alguna contrapartida, y nada parecía más satisfactorio que obtener el control de Tánger.

La pretensión de incorporación del enclave tangerino al Marruecos español era una reivindicación permanente. Los españoles siempre consideraron una injusticia que este importante puerto, que geográficamente estaba dentro de la Zona española, hubiese quedado excluido de la parte que los tratados les habían asignado en Marruecos y eran constantes las referencias a la “mutilación”, la “amputación”, el “desgarrón”, que tal exclusión suponía. Las negociaciones anglo-franco-españolas de 1923 para fijar un estatuto internacional para Tánger no sólo no habían zanjado el irredentismo español sino que, por el contrario, lo habían azuzado al refrendar una posición preponderante de Francia y una disminución de la influencia española¹².

¹¹ Concretamente entre 1917 y 1919, el Foreign Office había visto con interés la posibilidad de esta permuta estimando el valor estratégico de Ceuta frente al del Peñón, que se consideró vulnerable e indefendible en caso de ataque, dados los modernos medios bélicos existentes. Finalmente, después de muchas discusiones entre los mandos militares británicos, el Almirantazgo no creyó oportuno seguir adelante con ese proyecto. Véase, B. Lowry: “El indefendible Peñón. Inglaterra y la permuta de Gibraltar por Ceuta, 1917-1919”, en *Revista de Política Internacional*, Madrid, 1977, 153, págs. 195-204.

¹² Véase, Susana Suciro: “España y el contencioso de Tánger. El Estatuto de 1923”, en *Actas del Congreso Internacional “El Estrecho de Gibraltar”*, Ceuta, 1987.

Desde luego, lograr el control sobre la codiciada ciudad constituiría para el dictador un brillante triunfo en el interior, y una indiscutible mejora de la posición internacional de España. También en este caso había antecedentes que hacían concebir esperanzas a Primo de Rivera ya que durante la Gran Guerra había habido conversaciones entre los gobiernos francés y español con respecto a un posible canje¹³. Pendiente de esta posibilidad y puesto que, durante los meses en que España llevó a cabo el repliegue, el gobierno de París no se definió sobre sus intenciones, el Directorio seguiría con sumo interés los comentarios de la prensa oficiosa francesa, algunos de los cuales se referían precisamente a la necesidad de que Francia tomase el relevo de España en su Zona, tras un previo acuerdo en el que España obtuviese Tánger¹⁴.

Tanto si se negociaba con Francia como si se hacía con Gran Bretaña, el objetivo era intentar rentabilizar una renuncia —al menos a gran parte de la Zona— que el dictador no sólo estaba dispuesto sino deseoso de hacer, a cambio de conseguir alguno de los puntos claves del Estrecho, esto es, Gibraltar o Tánger. Pero era más un persistente anhelo que un proyecto con visos de hacerse realidad y, en cualquier caso, fue sólo una de las diversas vías ensayadas por la Dictadura, cuya máxima pareció ser hacer tanteos en todas direcciones porque, como Primo afirmaba, él era de los que creían que “se debe siempre soplar, por si acaso el palillo pita”.

Alhucemas, objetivo prioritario en 1925

Puesto que ni Francia, ni Gran Bretaña ni Abd-el-Krim quisieron emprender el camino de la negociación con España, tres vías que el Directorio, como acabamos de ver, había considerado como posibles soluciones, la “pesadilla” marroquí continuaba sin resolverse al comenzar el año 1925. El poder de Abd-el-Krim entre las cabilas se había fortalecido, su prestigio era enorme y su moral elevadísima. Los ataques continuaban y el porvenir era amenazador si no se hacía algo. De nuevo era preciso actuar para hacer frente al peligro derivado de la creciente acometividad de las

¹³ La correspondencia entre Lyautey y Briand entre 1915 y 1916 atestigua, como han puesto de manifiesto C.M. Andrew y A.S. Kanya-Forstner, que en aquella época el Residente general de Francia en Rabat había considerado seriamente la posibilidad de una permuta del interior de la Zona española por Tánger. Véase, de los autores citados, “The French Colonial Party and french colonial war aims, 1914-1918”, en *The Historical Journal*, 1974, IV, págs. 79-106.

¹⁴ El 29 de noviembre de 1924, el periódico *L'illustration* publicó un artículo, impregnado de un tono de prepotencia y seguridad en la capacidad pacificadora de Francia, que en España fue tomado muy en serio, y que afirmaba que la única solución posible a la crisis marroquí era que Francia se hiciera cargo de la zona abandonada por España e impusiera en ella el orden, impidiendo que la rebelión siguiese extendiéndose. Además del interior de la Zona española, Francia necesitaría ocupar Larache y, a cambio, España podría recibir Tánger. A Inglaterra podrían concedérsele compensaciones (por ejemplo en Nuevas Hébridas) para paliar su renuncia a sus intereses tangerinos. Véase, AGA, Africa (Marruecos), Caja 9-Provisional.

tribus. En estas circunstancias, el Directorio juzgó que no era aconsejable seguir profundizando en el repliegue mientras no se realizase una acción que pusiese de manifiesto la superioridad española: había que infligir al jefe rifeño una espectacular derrota que significase un golpe decisivo — quizá mortal— para su prestigio, y tuviese un fuerte impacto psicológico sobre las tribus; desde este punto de vista, lo mejor era ir a Alhucemas, en el corazón del Rif, en el foco de origen de la rebelión. La operación supondría, por lo demás, un enorme triunfo personal para el dictador en el interior de España, que aclamaría al artífice de una empresa tantas veces proyectada sin que nadie se hubiese atrevido nunca a efectuarla. La ocupación de la bahía evitaría asimismo que, dado su valor estratégico, Abd-el-Krim pudiera ofrecerla como señuelo a algún país o interés extranjero. Entre todos los peligros Primo temía sobre todo a los comunistas, que podrían utilizar Alhucemas como base de operaciones para desestabilizar y amenazar la seguridad de la Península, e incluso para “bolcheviquizar” España¹⁵. A este respecto, es interesante señalar que el temor al bolchevismo estaba ya muy presente en la España de la Dictadura de Primo de Rivera.

Muchos de los autores que juzgan acertadamente que el dictador tuvo una auténtica convicción de limitar la ocupación, aseguran no obstante que modificó radicalmente esta política cuando decidió efectuar el desembarco en Alhucemas, en el transcurso de 1925¹⁶. Es en ese momento donde sitúan el punto de inflexión desde una posición no retencionista a otra ocupacionista. Sin embargo, lo que se desprende de la documentación archivística es que *la decisión de ir a Alhucemas no era en absoluto incompatible con la idea de repliegue, y ni siquiera con la de abandono total*. Dentro de los imprecisos planes del presidente del Directorio, su planteamiento general, una vez tomada la determinación de efectuar el desembarco, seguirá siendo el de reducir el territorio ocupado para poder disminuir drásticamente el número de tropas y gastos en Marruecos. Con la posesión de Alhucemas cobraba más sentido la idea de un abandono de carácter no total sino parcial, conservando una franja costera, que, junto a las ventajas ya señaladas, podía cumplir una función estratégica, actuando como barrera defensiva de la Península. Se trataba de ocupar tan sólo unos puntos de la bahía sin internarse en ningún caso más allá de una legua de la costa. No obstante, Primo de Rivera no perdía de vista la solución más radical de mantener sólo Ceuta y Melilla. Abandonar Marruecos una vez salvado el honor del ejército tras el desembarco no dejaba de ser una posibilidad. Se trataría, en palabras del embajador inglés, de “salvar la cara antes de reti-

¹⁵ Véase, por ejemplo, Primo de Rivera al General Gómez Jordana. Tetuán, 3 de junio de 1925. AGA, África (Marruecos), Caja 36/Exp. 1-Provisional.

¹⁶ Véase, por ejemplo, F. Hernández Mir: *La Dictadura en Marruecos. Al margen de una farsa*. Madrid, 1930.

rarse definitivamente del Rif¹⁷. En todo caso, aunque no tenía claro qué haría después de llegar a Alhucemas, seguía rechazando desde luego cualquier avance en el interior.

Abd-el-Krim ataca las líneas francesas y Francia propone a España colaborar

El planteamiento no retencionista no sufriría modificación tras el ataque rifeño al Protectorado vecino y el consiguiente ofrecimiento francés de colaboración. Estos hechos, acaecidos en abril-mayo de 1925, no supusieron ningún cambio en la concepción general que el Directorio tenía del problema. La propuesta francesa de convocar una Conferencia franco-española constituía una nueva oportunidad para lograr la ansiada revisión del Tratado de 1912 que pudiese entrañar una modificación territorial en el sentido deseado por el gobierno español. La Conferencia, celebrada en la capital española entre los meses de junio y julio de 1925, demostró, una vez más, que el interés primordial de España con respecto a Francia era negociar una rectificación de aquel tratado hispano-francés que había asignado a cada país una zona de influencia en Marruecos, con el objetivo prioritario de conseguir Tánger y, si era posible, desprenderse del Rif. La reunión de Madrid brindaba una nueva oportunidad para las aspiraciones revisionistas de la Dictadura. De ahí, la gran importancia que el Directorio quiso otorgar en la Conferencia al tema de Tánger, calificado como el de mayor interés para España de entre todos los aspectos que habían de tratarse. Una vez comprobado el escaso interés de Francia sobre el Rif, que durante un tiempo se creyó que podía constituir una adecuada prenda de cambio, el Directorio trataría de “vender” cualquier cosa que estuviese a su alcance para conseguir una revisión del estatuto tangerino en sentido favorable a España. Así, se pretendió convencer a Francia de que, puesto que era ella la más necesitada de ayuda y la que había acudido a España solicitándola, debía remunerar en el ámbito de Tánger la colaboración que España estaba dispuesta a prestarle. No se trataba de ofrecer a Francia una colaboración militar, sino de reconocerle ciertas ventajas, como el derecho a que tropas francesas entrasen en la zona española en persecución de grupos rebeldes, o el derecho a operar en la disputada región fronteriza de Beni-Zerual, e incluso consentir una rectificación de fronteras de manera que esa fértil región quedase íntegramente comprendida en la Zona francesa.

Fue precisamente el tema de Tánger —que en pura lógica no debía constituir sino un asunto colateral en una Conferencia cuyo principal obje-

¹⁷ 29 de junio de 1925. Public Record Office, FO 371/11080.

to era determinar las condiciones de la colaboración hispano-francesa para poner fin a la rebelión de Abd-el-Krim— el que paralizó la reunión y suscitó mayores dificultades. Ante la imposibilidad de lograr el control sobre Tánger, el Directorio trataría de obtener —con el mismo decepcionante resultado— otras compensaciones alternativas como, por ejemplo, que una parte del *hinterland* internacional tangerino quedase integrado en la Zona española, o que se ampliases las zonas de soberanía de Ceuta y Melilla, o que se otorgase ese concepto de soberanía a la bahía de Alhucemas. España sugirió incluso que, a cambio de zanjar a favor de Francia la cuestión fronteriza de Beni-Zerual, esta nación le compensase con un territorio próximo a la colonia de Río de Oro.

En cualquier caso, la posibilidad de solución que pudiera venir de Francia era sólo una más entre las diferentes líneas de actuación que ensayaba el Directorio el cual, al mismo tiempo que preparaba y desarrollaba la Conferencia hispano-francesa, iba a seguir haciendo gestiones de paz con Abd-el-Krim y volvería a tantear al Foreign Office ofreciéndole Ceuta a cambio de Gibraltar. La idea de la coordinación de esfuerzos entre España y Francia parecía en principio deseable, pero el Directorio no sólo no veía en ella la clave para la resolución del problema, sino que no constituía siquiera la línea de actuación preferente. *Igual que había sucedido en 1924, en el transcurso de 1925 Primo de Rivera siguió sin estar interesado en una colaboración armada con Francia.* Durante meses, ni siquiera contó con los franceses para realizar la acción sobre Alhucemas —la única operación militar que tenía proyectada— la cual pensaba llevar a cabo con fuerzas exclusivamente españolas. El dictador no sólo consideraba posible efectuar el desembarco en solitario, sino también deseable, dados sus recelos con respecto a las supuestas ambiciones y propósitos expansionistas de Francia. Lo único que pretendía era que el país vecino reconociese el derecho de España a ocupar la bahía y, si era posible, que contribuyese a facilitar la operación lanzando una ofensiva simultánea en la Zona francesa, de modo que ambos ejércitos se descongestionasen de enemigo recíprocamente.

Otros signos claros de que el Directorio no pretendía en modo alguno volver al interior de la Zona, ni siquiera con la ayuda militar francesa, sería su insistencia, durante la Conferencia, en no asumir ningún compromiso bélico con los franceses al margen del desembarco de Alhucemas, que constituía su exclusivo objetivo de armas. De hecho, el Directorio exigió que, en el convenio derivado de las negociaciones hispano-francesas¹⁸, figurara por escrito que la cooperación militar entre ambos países se reduciría estrictamente a dicha operación en el litoral. La colaboración prevista

¹⁸ Véase, Convenio hispano-francés de 25 de julio de 1925 en AGA, Africa (Marruecos), Caja 36-Prov.

era, por consiguiente, perfectamente compatible con la política de repliegue y de “mínimo esfuerzo” emprendida por el gobierno español en 1924.

Primo, ¿solo ante el peligro?

Se ha insistido en la idea de que la operación de Alhucemas fue una decisión personal del dictador, que tomó y puso en ejecución en contra de la opinión de sus colegas y del propio rey. Sin embargo, la conclusión que se extrae de la documentación es que, superados los primeros momentos, *hubo acuerdo entre los responsables de la política marroquí del Directorio sobre la necesidad de ir a Alhucemas*. Para los asuntos de Marruecos funcionaba una especie de triunvirato integrado por Primo de Rivera, el marqués de Magaz —que había asumido la presidencia interina al verse obligado el marqués de Estella a permanecer durante largo tiempo en Tetuán— y el General Gómez Jordana, cuyos criterios sobre Marruecos tenían un peso decisivo. La coincidencia de Magaz y Jordana con los puntos de vista del dictador es mayor de lo que habitualmente se ha señalado; así, los tres estuvieron de acuerdo en actuar conforme fuesen dictando las circunstancias, considerando todas las posibles vías de solución que pudiesen presentarse, y también coincidieron en un planteamiento general no ocupacionista, como se desprende de la correspondencia que intercambiaron en aquellos días. En cuanto al proyecto de Alhucemas, todos los que en España conocían en profundidad los asuntos de Marruecos consideraban a mediados de 1925 que la ocupación de la bahía era la única respuesta verdaderamente eficaz a una situación de vulnerabilidad de ambos frentes, oriental y occidental; era la única posibilidad de dar un giro a la guerra favorable a España, quizá incluso decisivo. Así opinaban también los responsables de la empresa marroquí en el país vecino (Lyautey, Chambrun, Pétain...). Por consiguiente, el consenso a este respecto era general.

Es verdad que existieron discrepancias en el Directorio, pero sólo por lo que respecta al momento oportuno para efectuar la operación y las circunstancias en que ésta habría de desarrollarse. En el mes de junio, Primo se mostraba ya impaciente por realizarla y estaba plenamente convencido del éxito de una acción exclusivamente española. En cambio, en Madrid, Jordana y Magaz juzgaban que, antes de decidir una acción militar en solitario, debían agotarse todas las demás posibilidades. Estas posibilidades eran, en primer lugar, realizar el desembarco pacíficamente, mediante un trato hispano-rifeño o, en un segundo intento, poniéndose de acuerdo con Francia para el ofrecimiento a Abd-el-Krim de unas condiciones de paz conjuntas que incluyeran la ocupación española de Alhucemas. Cabía dentro de lo posible que, al ver unidas a ambas potencias por vez primera, Abd-el-Krim temiese las consecuencias y aceptase negociar. Si la vía pacífica fracasaba, aún quedaba la opción de acordar con Francia una ofensi-

va militar. Primo de Rivera, cuya impaciencia iba en aumento, consideraba exasperante la lentitud con que transcurría la Conferencia hispano-francesa y se mostraba partidario de no retrasar por más tiempo la acción de Alhucemas, mientras que en Madrid aconsejaban ir al compás de los franceses, actuando conjuntamente, aunque ello supusiese un aplazamiento del desembarco.

En agosto, todo el gobierno, incluido el dictador, estuvo de acuerdo en que una operación en solitario resultaba ya imprudente, dado el tremendo aumento de medios y moral de los rifeños por sus triunfos en la Zona francesa. Primo propuso entonces otras acciones alternativas (profundizar el repliegue, realizar un simulacro de desembarco...) en vez de esperar a que Francia se decidiese a actuar¹⁹ pero, en Madrid, Magaz y Jordana le aconsejaron calma, considerando que no debía hacerse nada que no fuese en combinación con Francia; como en ocasiones anteriores, el presidente acabó aceptando los consejos de sus colegas²⁰. Poco después, en París se comprendió por fin que las negociaciones con Abd-el-Krim no darían resultado alguno y Pétain, que llevaba tiempo tratando de convencer a su gobierno de la necesidad de una acción militar coordinada franco-española, fue investido de plenos poderes para conducir las operaciones en Marruecos.

El desembarco, ¿un milagro?

En contra de lo que han afirmado muchos autores, por lo general críticos de la Dictadura, no se debió a la casualidad el éxito del desembarco. Se ha exagerado enormemente el factor suerte y se ha asegurado incluso que todo ocurrió de forma distinta a las órdenes y previsiones de Primo de Rivera, que se desembarcó por error en la playa de Cebadilla y que ese error fue “un milagro”. A la luz de la documentación, parece necesario revisar esta teoría. El desembarco en Cebadilla no fue fortuito y, por lo demás, la operación estaba minuciosamente organizada. Es verdad que algunas circunstancias no previstas —como que la acción se retrasase un día a causa de las corrientes y la niebla, y no se realizase de noche— fueron favorables, pero no obstante se había contado con la posibilidad de que las condiciones atmosféricas y otros factores pudiesen alterar las previsiones

¹⁹ El cártel de izquierdas que gobernaba en París estaba obligado a contemporizar con la general opinión de sus electores de agotar todos los procedimientos pacíficos, aunque hubiera que negociar con Abd-el-Krim a un alto precio, con tal de evitar la terrible perspectiva de unas operaciones militares en las que muchos franceses habrían de perder la vida en un lejano territorio.

²⁰ Véase, correspondencia entre Primo de Rivera, Jordana y Magaz en agosto de 1925, en AGA, Africa (Marruecos). Caja 9-Provisional. Los dos últimos tratan de frenar los impulsos del primero, que escribe compulsivamente a Madrid exponiendo las ideas que se le van ocurriendo sobre la marcha.

y hubiese que introducir modificaciones. Pétain, consciente de las inevitables circunstancias adversas en que habría de desarrollarse (inexistencia del factor sorpresa, ataque a una posición fortificada y de fácil defensa por el enemigo, imprevisión del tiempo meteorológico, etc.), y obsesionado por prever todas las contingencias para que las posibilidades de éxito fueran máximas, quedó no obstante plenamente satisfecho de la preparación española de la operación, cuyos detalles conoció en la entrevista que mantuvo con Primo en Algeciras el 21 de agosto. El hecho de que Primo no actuase de acuerdo con un plan fijo sino guiado por las circunstancias de cada momento no significa que sus éxitos en Marruecos se debieran a su “estrella”, a la suerte, etc., como han querido ver muchos de sus detractores. Tenía cualidades —la intuición, la imaginación, la decisión, incluso la audacia— decisivas para el éxito de la empresa, si bien no se encontraba entre ellas, desde luego, la premeditación o planificación a largo plazo.

Pétain, responsable de un cambio de rumbo no previsto

Gómez Jordana afirma en su obra varias veces citada que Primo estuvo siempre de acuerdo con Pétain en la necesidad de emprender una acción armada extensa y profunda. Lo cierto es, sin embargo, que *durante todo el año 1925, seguiría sin decidirse a ningún avance en el interior de la Zona*. A pesar de la insistencia del Mariscal francés, éste no consiguió convencerle de realizar un esfuerzo bélico alejado de la costa, ni logró tampoco un compromiso militar español para el futuro. El propio Jordana tuvo un destacado papel en esta decisión de no responder al llamamiento francés, por más que años más tarde falseara los hechos en un afán de borrar la imagen abandonista del dictador. El único compromiso asumido con Pétain fue lograr el sometimiento de Abd-el-Krim pero, con su proverbial optimismo, Primo de Rivera confiaba en cumplir ese objetivo ocupando Alhucemas y realizando a continuación una “acción política” entre las tribus. El jefe rifeño se vería obligado a pedir la paz y quedaría así controlado o “acordonado” el problema. Habría llegado entonces el momento de reducir la actuación española en Marruecos “al mínimo esfuerzo y al mínimo compromiso y gasto”.

En octubre, efectuado ya el desembarco, y a pesar de las constantes solicitudes francesas, el Directorio siguió sin querer ligarse a los planes de Pétain que preveían un avance español en el interior de la Zona para enlazar con el frente francés; de hecho, la incomparecencia de las tropas españolas obligó a las francesas a dar marcha atrás, sufriendo en esta retirada cuantiosas pérdidas²¹.

²¹ Véase, por ejemplo, Pétain a Poincaré, 20 de octubre de 1925. ADMAE (París), Série “Europe, 1918-1929”: Espagne, Collaboration franco-espagnole au Maroc. n° 58.

Sin embargo, *Pétain* (y no tanto, como se ha insistido, los militares africanistas) *acabaría por persuadir a Primo de la necesidad de una ofensiva a fondo en el corazón del Rif*. La clave del plan diseñado por el jefe de las tropas francesas radicaba en que los españoles tomaran la decisión de ir al interior de su Zona, lo que finalmente consiguió. Primo, espontáneo, pragmático y oportunista, estaba, en efecto, dispuesto a considerar el nuevo cariz de los acontecimientos y a aprovechar la oportunidad del momento. Algo de este carácter debió intuir *Pétain* cuando, a pesar de que la orientación de la política marroquí española era absolutamente incompatible con su deseo de forzar una colaboración militar de España en el Rif, iba a perseverar en su empeño, aparentemente convencido de ganar una batalla en la que cifraba todas sus esperanzas de solución del conflicto rifeño.

Merece la pena destacar la diferencia de actitudes entre Primo y *Pétain*. En contraste con el General español, el Mariscal francés tuvo, desde que se hizo cargo del mando, un plan perfectamente claro y definido, cuyo eje era la conjunción de los esfuerzos militares francés y español, y cuyo objetivo último era igualmente preciso: la conquista del Rif y la supresión definitiva de la rebelión rifeña. Un plan, por lo demás, perfectamente estructurado en fases: en 1925 sólo habría tiempo para realizar una maniobra de cerco; tendría que ser en la primavera del año siguiente cuando se llevase a cabo la ofensiva directa contra el corazón del Rif, centro efectivo de la disidencia. Justo al contrario que Primo de Rivera, *Pétain* prevé desde el primer momento todas las operaciones que deberán realizarse, así como los momentos de su realización, incluso sin tener en absoluto garantías —más bien serios inconvenientes— para lograrlas. En vez de ajustarse a las circunstancias, trata de que éstas se adapten a su proyecto. Su concepción sí es la de un estadista. Además, frente al optimismo de Primo, su actitud es mucho más realista. Mientras el jefe español confiaba en que la operación de Alhucemas pudiera significar el “golpe de muerte” para Abd-el-Krim, *Pétain* era muy consciente de que no supondría una derrota decisiva del caudillo rifeño, por lo que sería imprescindible continuar la lucha en 1926.

No obstante, y puesto que Primo de Rivera no tomó nunca de forma clara y definitiva una decisión respecto al futuro de la Zona, no creo que pueda hablarse de un cambio súbito y radical de su política. Al dictador parecía preocuparle tan sólo la resolución de los problemas acuciantes del momento presente. No estaba en su carácter plantearse el futuro lejano, ni ningún asunto a largo plazo. La decisión de ir al Rif no dejaba de ser para él una fase más dentro del proceso de anulación de Abd-el-Krim: el primer golpe había sido expulsarle de Alhucemas; el segundo, de Axdír, su cuartel general; el tercero, de Beni-Urriaguel, su país natal. Eran tres operaciones encaminadas a un mismo objetivo: destruir su poder militar y su

prestigio político. Puesto que, en contra de sus optimismos, al acabar 1925, el líder rifeño seguía aún combativo, era lógico que, presionado por Pétain, aceptara hacer un nuevo esfuerzo militar en 1926.

Esa nueva campaña consiguió su objetivo: Abd-el-Krim se rindió y fue enviado al destierro. La posterior tarea de sometimiento y desarme de tribus, que se produjo con sorprendente rapidez, supuso ahondar en la penetración del territorio, reconquistar posiciones y volver a la zona abandonada en 1924, lo que colocó al dictador ante el hecho de tener que permanecer en Marruecos, lo cual significó a su vez que hubo que seguir realizando un enorme gasto en hombres y dinero. En 1930 seguían gastándose 300 millones de pts., casi tres veces más del límite que Primo se había marcado. La guerra había acabado, pero su objetivo de poner fin a la sangría que el Protectorado constituía para la Hacienda Pública no se había logrado. Lo que está claro es que “el palillo” no había sonado en el sentido realmente deseado por D. Miguel. Las circunstancias, motor de su actuación marroquí, habían acabado conduciéndole por el camino de la conquista y la ocupación, algo en absoluto previsto en los dos primeros años de su mandato.

Resumen

La reconstrucción, a través de la documentación archivística, del proceso que condujo durante la Dictadura de Primo de Rivera a la resolución del problema marroquí obliga a revisar la imagen del dictador como genial estratega, según la cual concibió un premeditado plan para obligar a los franceses a una colaboración militar contra Abd-el-Krim que permitiera a continuación ocupar sólida y permanentemente todo el protectorado. Lejos de esta tesis, lo cierto es que la solución militar, que en efecto acabó conduciendo a la ocupación de todo el protectorado español, no fue prevista por Primo de Rivera, que tuvo un arraigado deseo de retirada. Los rasgos característicos de su política marroquí fueron la ausencia de un plan preciso de actuación y una persistente orientación de signo abandonista. Las circunstancias decidieron el rumbo de su política, y en ellas jugó un papel esencial el mariscal francés Pétain, que sí tenía un plan muy preciso para vencer la resistencia de Abd-el-Krim y cuyo empeño en colaborar militarmente con España fue decisivo para la derrota rifeña. Pero si Primo de Rivera no era el gran estadista que pretendieron sus panegiristas, la minuciosa preparación del desembarco en Alhucemas demuestra que no es cierto tampoco que sus éxitos fueran el resultado de la casualidad y la suerte, como aseguraron sus críticos.

Summary

The reconstruction, by means of archive documents, of the process that, during Primo de Rivera's Dictatorship, led to the solution of the Moroccan problem renders necessary the re-examination of the Dictator's reputation of being a brilliant strategist. It is said that Primo de Rivera conceived a premeditated plan that would force

the Frech into a military alliance against Abd-el-Krim, that would in turn pave the way towards the solid and permanent occupation of the whole protectorate. The actual truth lies far from this thesis. The military solution, which did, in fact, end in the occupation of the whole Spanish zone, had not been foreseen by Primo de Rivera, who strongly favoured a withdrawal. The characteristic features of his Moroccan policy consisted in the absence of a precise plan of action and a persistent inclination towards an "abandonist" standpoint. The circumstances dictated the course of his policy, and these circumstances also allowed for the essential role played in them by General Pétain. Pétain did have a very precise plan to overcome Abd-el-Krim resistance and his insistence in allying his forces with Spain was a decisive factor in the Rifian defeat. However, if Primo de Rivera was not the brilliant strategist that his panegyrists claimed him to be, the careful planning of the landing at Alhucemas proves that neither were his triumphs the result of coincidence and luck, as his critics maintain.